

ENTREVISTA CON DIOS

PG. Es usted el entrevistado con mayor altura ontológica de todas las entrevistas que he realizado.

D. No podía ser de otro modo. Pero dígame: ¿se publicará esto?

PG. Esa es la intención de mi editor al enviarme para que le haga algunas preguntas.

D. Pues no le creerán. Dirán de usted que es un impostor, que se lo ha inventado todo o, si acaso, que estaba bajo los efectos de alguna droga alucinógena. A ninguno de mis profetas les han hecho caso alguno, y no hablemos ya de mis ángeles.

PG. Tiene mucha razón, pero usted me reconocerá también que lleva toda la historia jugando al escondite. Algunos ateos dirán: “que hable ahora o calle para siempre”. Y otros afirmarán que se muestre del todo o se oculte sin darnos más luces y sombras equívocas.

D. Yo les entiendo muy bien. Después de todo los conozco como la madre y el padre que los ha engendrado. No quieren estar constantemente deshojando la margarita de mi existencia hasta el día del juicio final. ¿Sí? ¿No?

PG. Muchos agnósticos sienten dudas de angustia, no ese falso dudar por dudar de los racionalistas. La última hoja de la margarita nos revelará el misterio final. Ahora bien, si ésta es “sí”,

los ateos descubrirán su error, pero si es “no”, si la nada nos espera y engulle en su seno, los creyentes no lo sabrán nunca. Se han lanzado al abismo pensando que tenían la red. Dormirán con la esperanza de una resurrección que no existe.

D. Usted da por supuesto que mi existencia garantiza una segunda vida en un más allá. ¿Acaso no soy dueño para destruir a mi criatura?

PG. ¿No sería ello perverso? ¿Y por qué que creó al hombre si pensara aniquilarlo y devolverlo nuevamente a la nada?

D. Me aburría, incluso yo preciso a alguien con quien hablar. Yo soy el que soy y no puedo cambiar ahora habiendo existido desde toda la eternidad.

PG. Se dice que Paul Valéry guardaba todo lo que escribía: notas, apuntes, esbozos, versiones antiguas, obras corregidas, etc. ¿Enviará usted a todos los hombres a la imprenta o lanzará algunos al cesto de los papeles?

D. Me acojo a la cuarta enmienda.

PG. Puede hacerlo, pero los teólogos son rotundos al afirmar que usted ha legislado sobre el infierno. Su mismo hijo en persona lo ha corroborado. Eso dice la escritura y la Iglesia, como notario, da fe de sus palabras.

D. No preste mucha atención a lo que se dice que dicen que se dice que dijeron. Ya conoce el juego de los disparates: una persona le dice en secreto al oído de otra la palabra “pata”; ésta le transfiere a a una tercera “pita”, que pasa a ser luego “pota”. Y en el extremo de la cadena ya se sabe.

PG. Bien, pasando a otra cosa: ¿es usted del Betis o del Sevilla?

D. Dios soy, ningún equipo me es ajeno.

PG. Se lo digo para saber qué piensa al escuchar la jota cantando que la Virgen del Pilar no quiere ser francesa sino “capitana de la tropa aragonesa”.

D. No creo que a María le guste el fútbol.

PG. ¿No le parece que hoy Santiago Matamoros parece un poquito cafre en unos tiempos donde está de boga el multiculturalismo?

D. Yo os creé a todos los hombres iguales, pero ¿qué puedo decir? No se os puede dejar solos. Yo no puedo hacer parte de los cascos azules. Si intervengo, porque intervengo; si no lo hago, porque no lo hago. ¿Queréis o no que haga milagros? No puedo mezclarme en vuestros asuntos. Ya sois mayorcitos.

PG. ¿Cómo prefiere que le llamen: Yahvé, Alá o Dios?

D. Como guste usted. ¿Cuándo celebran el santo los Santiagos, Diegos, Yagos, Jacobos, Jaimes? Muchos nombres distintos y un sólo Dios verdadero.

PG. Sí, es cierto. Pero para un sevillano la Macarena es la Macarena y para un zaragozano la virgen del Pilar es la virgen del Pilar.

D. Bueno, el ser se dice de muchos modos.

PG. La virgen es la madre de Dios, que no tiene principio ni fin, y también la madre de Cristo, que nació y murió. ¿No me negará que esa estructura familiar deja perplejos a muchos hombres?

D. Los dogmas son así. Como las lentejas, se aceptan o se dejan.

PG. También hay quien, como Esaú, se vende por un plato de lentejas. El ginebrino Rousseau pasó del calvinismo al catolicismo y de éste a su primera religión movido tan sólo por intereses meramente materiales. ¿Cómo ve usted estas conversiones de conveniencia?

D. Pues de la misma manera que los bautizos en masa forzados. Como dice un romance: “yo no digo mi canción/sino a quien conmigo va”. El creyente debe seguirme, no ser arrastrado. O sea, no debe comportarse como el cuentecillo de los boy-scouts.

PG. ¿Cuál es éste?

D. Dos boy-scouts cruzan a una abuela en el semáforo y cuando se les pregunta por qué no basta con uno sólo responden: “es que si no vamos dos no se deja cruzar”. Creo que la mejor manera de hacer proselitismo es no hacer proselitismo. Vivir como creyente. Éste es el apostolado del ejemplo realizado por el padre Charles de Foucauld entre los tuaregs del desierto.

PG. Más allá de que sea un mal chiste, me ha sorprendido su sentido del humor, debo confesar, bastante inesperado. Homero nos habla de la risa inextinguible de los dioses. Pero éstos son figuras mitológicas. Por el contrario, en la Biblia usted no se muestra nunca jovial como Júpiter (ambas palabras, ya lo sabe, tienen la misma raíz). En el viejo Testamento solamente se ríe

Sara cuando le comunica que será madre muchos años después de perder la regla. Es una excepción biológica.

D. Ciertamente, como Yahvé me muestro bastante ceñudo, con tendencia incluso a terribles arrebatos de cólera. Cuando me encarné entre vosotros también me enfurecí al ver a los mercaderes del templo.

PG. Usted como “Deus Pater”, o sea, “Júpiter” o “Dios Padre”, tiene como atributo ser “todopoderoso”. El historiador Fustel de Coulanges asocia la raíz de “Pater” a “potui”, poder. El padre es quien tiene la potestad, el “pater familias”. Pues bien, si usted todo lo puede ¿por qué permite la existencia del mal?

D- El mal, como dijo uno de los muchos autores que sobre mí han hablado, es la privación del bien. Yo soy el Bien absoluto. No puede haber otro igual pues ambos juntos serían contradictorios, imperfectos. Es una contradicción. Y entre ese Bien absoluto y los demás bienes relativos, y por ello defectuosos, cabe insertarse el mal.

PG. Cuando sucede un terremoto como el de Lisboa, con miles de muertos, tendemos a decir: “si Dios existe, ¿dónde estaba? ¿Cómo permite estas cosas?” Una vez más, Rousseau culpa al hombre por construir casas altas en vez de otras bajas pegadas a la naturaleza. ¿Qué piensa de estas acusaciones?

D. Pues que estoy un poco cansado de escucharlas. Cuando se ven nubes negras ¿no doy yo la señal de que se acerca la lluvia? ¿Y no hago que la conducta extraña de algunas hormigas y pájaros sea como un sismógrafo natural? Yo no puedo poner un anuncio en el periódico para dejar mal a quienes rechazan los milagros y atan la libertad humana a leyes físicas. Y aún así ¿no se persevera

todavía en reconstruir ciudades en lugares donde hay fallas geológicas? Quien ama el peligro perece en él.

PG. Me habían dicho que usted estaba muerto, pero lo encuentro muy vivo y santificando.

D. Yo soy como el Guadiana: ahora me veis, ahora no me veis. Durante unos siglos doy la vuelta a la esquina. En otras épocas de la historia los creyentes salen a las calles para gritar: “¡Dios a la vista!”.

PG. Disculpe si los lectores van a creer que esta entrevista no es real. Ya conoce la incredulidad hasta de los crédulos.

Pablo Galindo Arlés
30 de septiembre de 2019